



Tendiendo puentes desde la historiografía

John H. ELLIOTT: *España en Europa. Estudios de historia comparada*. Valencia: Universitat de València, 2002. 286 pp.

Con motivo del nombramiento del historiador John H. Elliott como Doctor Honoris Causa, la Universidad de Valencia ha publicado una selección de sus estudios con la finalidad de «dar a conocer la figura y la obra del profesor John Elliott». Sin embargo, el libro resultante, *España en Europa. Estudios de historia comparada* es, incluso desde su propio título, fiel reflejo de una de las obras historiográficas de las últimas décadas que en mayor medida han contribuido a incrementar entre los europeos la conciencia histórica de la unidad política del continente. Porque John H. Elliott, maestro de hispanistas del prestigio y la proyección de Geoffrey Parker o de Richard Kagan, ha conseguido, con su obra, tender puentes entre España e Inglaterra, y con ello, contribuir a la trabazón de esa necesaria historia común europea.

Como recuerda al lector el acertado título de esta selección, es la obra de este hispanista, como no puede ser de otro modo la de aquel que analice una cultura diferente de la suya, un proceso comparativo donde la ciencia brota del análisis riguroso. Además, y como él mismo pone de manifiesto «la historia comparada es sumamente difícil de escribir, pero creo que es una manera, y una manera importante, de romper con el localismo que es la tentación de todo historiador, que naturalmente prefiere dedicarse a estudiar sociedades que conoce bien antes que penetrar en territorio que no le es familiar». Razón ésta más que suficiente para agradecer al autor su tarea. Porque entre las virtudes de hacer historia comparada está, sin embargo, el hecho de que la aparente dificultad que halla el historiador ante las diferencias entre las culturas confrontadas, le ayuda, sin embargo, a comprender al otro, lo cual, al fin y al cabo, acaba contribuyendo a sus conclusiones y haciéndose legado para el lector. Pues, como bien dice Elliott, «la tensión persistente entre similitud y diferencia yace en el núcleo mismo de la empresa comparativa».

Pero además, en Elliott y otros hispanistas debe reconocerse la excelsa tarea por ellos realizada en esas décadas tan cruciales para los españoles en las que nuestra pertenencia a Europa era, de hecho, cuestionada e incluso inexistente. Cuando John H. Elliott manifiesta que «llegó un momento en mis indagaciones en que, tan sólo para entender mejor a España, sentí la necesidad de mirar más sistemáticamente los paralelos y diferencias entre España y otras sociedades continentales» está reconociendo como historiador lo que todo europeísta sabe por convicción: que los europeos nos reconocemos unos en otros y que tal hecho no es sino el principal síntoma de una unidad evidente. Una realidad, la de la Europa moderna, que es difícil estudiar de manera local, como demuestran a la perfección algunos de los textos aquí seleccionados, principalmente los tres primeros, en los que Europa se muestra como un todo unitario ante el investigador.

Tras los discursos protocolarios, fruto del carácter y la colección en que se encuadra esta obra, se han agrupado con indudable acierto los ocho primeros ensayos en tres bloques temáticos (Europa, España y América) que representan, no sólo la geografía de las inquietudes investigadoras del autor, sino también las tres esferas del proceso histórico esencial estudiado: la idea de España como unidad histórica que parte de Europa y se refleja en América. El libro, de bella factura editorial cuya producción ha de admirarse, se cierra con un broche de lujo, «La historia comparada», donde el profesor desvela los entresijos metodológicos de su pasión historiográfica.

F. B. M.



El constante desafío del tiempo

Geoffrey PARKER: *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*. Madrid: Taurus, 2001. 412 pp.

Escribir sobre el éxito en los inicios del siglo XXI, tras la caída del muro de Berlín y con un paisaje geopolítico marcado por la fragmentación y la inestabilidad puede parecer oportunista. Sin embargo, lejos de querer reflejar la realidad actual, esta obra del veterano hispanista inglés Geoffrey Parker pretende mostrar las lecciones de la Historia para aprovechamiento y disfrute del lector del siglo XXI. Buen conocedor de la historia política de la Europa moderna, Parker se permite saltar de uno a otro siglo y por encima de las sangrantes fronteras de la época moderna, mostrando así la realidad más común en una Europa cosida por sus propias trincheras. De este modo, a lo largo de diez capítulos el autor nos muestra que la historia es una, aunque la limitación de las miradas humanas deban, para contemplarla, llevar a cabo una simplificación en periodos históricos, regiones, personajes o procesos sociales o económicos.

Formando un todo a partir de capítulos aparentemente dispares, Parker insiste en la importancia de los vaivenes históricos como elementos constituyentes del propio proceso histórico, en tanto que las situaciones a que dan lugar son sumamente efímeras, porque en la Historia, quizás más que en cualquier otra disciplina, es esencial tomar conciencia de que el final siempre está a la vuelta del éxito o incluso del fracaso y cómo ambos conceptos son reversibles a lo largo de una secuencia cronológica. La propia situación actual de Europa, surgida a partir de las cenizas de la II Guerra Mundial, se empeña en confirmarlo. Es más, los ensayos comprendidos en *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, avalan la tesis de que, contra lo que piense la ideología nacionalista, la historia se hace siempre desde dentro y desde fuera de un territorio, mediante la interrelación de comunidades autóctonas y foráneas a la vez, y de nuevo la historia del continente europeo y de los pueblos que lo forman da la razón a dicho argumento.

Los cuatro primeros ensayos del libro analizan diversos elementos del gobierno de Felipe II: la idea del imperio heredado en Yuste, la relación con Inglaterra en sus versiones diplomática y bélica, y el papel desempeñado por el desarrollo de la cartografía como elemento esencial de dominación al servicio del imperio. Los cuatro siguientes se centran en diferentes aspectos de la militarización excesiva de la Europa de la época, vertiente en la que Geoffrey Parker es un consumado especialista desde

hace ya mucho tiempo; y, por último, los dos últimos se centran en la cuestión religiosa, y en concreto, en los intentos y fracasos de fomentar la fe y castigar sus delitos.

Editado con acierto pese a la dificultad que conllevan este tipo de obras a caballo entre la cátedra y la cultura de masas, la editorial Taurus no ha desechado el abundante aparato crítico que propicia la erudición del autor (la cuarta parte del volumen) que, ubicado al final del libro, hace compatible la accesibilidad por parte del lector común amante de la Historia, con la necesidad del rigor científico exigido por la lectura académica. Más allá de las efemérides al uso, esta obra es lo suficientemente general como para mostrar claramente cómo era el panorama político en Europa en el momento álgido de su poderío, en vísperas de la aparición de los Estados Unidos en la escena internacional y de los inicios del lento y desgastador declive de Europa, propiciado por los excesos del nacionalismo. Se trata de un ejemplo válido para comprender con qué fuerza somete la Historia, el constante desafío del tiempo histórico, a las sociedades humanas.

F.B.M.



El arte militar: un urbanismo de época

Fernando R. DE LA FLOR: *La frontera de Castilla. El fuerte de La Concepción y la arquitectura militar del Barroco y la Ilustración*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 2003. 286 pp.

Con frecuencia se olvida, tal vez debido a la propia ignorancia, que antes que a cuestiones formales y estéticas (e incluso especulativas), lo urbano responde a esenciales necesidades del hombre, tales como son el cobijo y la defensa. Así ha sido y continúa, aunque en menor medida, siéndolo hoy en día. El medio natural y los propios seres humanos han empujado a las sociedades hacia el urbanismo, y la cultura ha generado las diferentes concepciones del mismo. Sirvan estas primeras palabras para ambientar mínimamente la presentación de un libro ya conocido, pues recordemos que ésta es ya la segunda edición de *La frontera de Castilla. El fuerte de La*

Concepción y la arquitectura militar del Barroco y la Ilustración. En realidad, buena parte de sus páginas se hallan ahora reelaboradas, y además se incluye en esta ocasión un glosario técnico sobre la arquitectura militar de la época junto con el texto de un «informe geoestratégico sobre la frontera de Castilla en 1735», a cargo de un ingeniero militar que participó en las tareas de reconstrucción del fuerte de La Concepción en el siglo XVIII.

La fortificación moderna surgió a finales del siglo XV como una muestra más de las teorías de Levis Mumford en torno a la influencia social sobre la evolución de la técnica. Unos muros, que ya eran altos de por sí para evitar que fuesen escalados por hombres pero cuya fragilidad se hizo patente entonces frente a las nuevas técnicas de la artillería, se hacían ahora, sobre todo, gruesos. La técnica se perfeccionaría con fosos alrededor de la fortificación en el siglo XVII en los Países Bajos, aunque por toda Europa se extendió este tipo de construcción defensiva adaptándose a las condiciones geopolíticas de cada región. Tal llegó a ser su importancia y su vigencia entre el conjunto de las ciencias de la época moderna que, entre otros, dedicarían textos a la ciencia de la fortificación autores tan representativos de esos siglos como Nicolás Maquiavelo, Alberto Durero o Galileo Galilei.

Investigador heterodoxo, Fernando R. de la Flor maneja las fuentes de la época moderna con la soltura que otorgan la experiencia y la pasión por lo investigado. De ahí que, pese a partir del tema de la arquitectura militar, el autor entra y sale libremente de las lindes por él señaladas y se entretiene, con erudición, por el vasto territorio cultural del Barroco y la Ilustración, enriqueciendo así el objeto central de estudio. Porque, al fin y al cabo, el fuerte de La Concepción, en sí y con toda su importancia, no es sino un símbolo de una época. Por eso se analiza en primer lugar el contexto en el que se halla esta fortificación, la importante franja fronteriza entre España y Portugal, poniéndose en relación el fuerte con la geografía y la historia en que se inscribe su gestación. De ahí pasa el autor a sumergirse en la cultura barroca de la arquitectura militar, que los *novatores* insistirán en convertir en nuestro país en ciencia, y mediante invisible gozne entre dos épocas, se trata de la reconstrucción, ya en el siglo XVIII, del fuerte de La Concepción, «banco de pruebas donde se ensayan, en un primer momento, viejos modelos defensivos, los cuales, ya dentro del siglo XVIII, se transforman en un perfecto tejido de elementos defensivos coordinados dentro de una planta equilibrada, perfecta, ideal, identificable a simple vista con los presupuestos arquitectónicos de la era de la Ilustración».

Luego, y ya dejándose llevar por el autor, acabará el lector repasando la historia de esta ciencia en España y su extensión pedagógica y lúdica (en los *Juegos de la Fortificación*) o técnica (en el tratado de Mateo Calabro). El último acto de la trama, en el cual se asiste al desmantelamiento de un modo de construir ante la resignada derrota a que la historia lo somete, no hace sino presagiar un futuro de olvido y de abandono del que sacarán al fuerte de La Concepción los años y la muda de las generaciones, en tácito acorde con el respetuoso avance de la geografía del que hablan, con mejor disposición de la mirada, los versos del poeta de Salamanca Aníbal Núñez con los que el autor ha abierto el libro.

F. B. M.



De la responsabilidad intelectual

Mihail SEBASTIAN: *Diario (1935-1944)*. Barcelona: Destino, 2003.

Podría resultar curioso y hasta sorprendente estudiar el papel desempeñado por la irresponsabilidad de los intelectuales como elemento de los conflictos políticos del siglo XX. Cómo han contribuido a la gestación de algunos problemas quienes deberían, paradójicamente, haber preservado a la sociedad de ellos. Porque si alguna es la misión del intelectual es, precisamente, lograr evitar mediante el uso de la razón las consecuencias violentas a las que conducen la falta de diálogo y de tolerancia. Es decir, impedir a toda costa que la sociedad se halle abocada a llegar hasta el punto de inflexibilidad a partir del cual ya nada inocente es posible porque precisamente la inocencia es la primera víctima de la situación.

Buen ejemplo de esto, y de la responsabilidad/irresponsabilidad de los intelectuales, hemos podido verlo en el siglo que acaba de concluir. Y en este sentido, aun con toda la subjetividad que encierran, los diarios de un intelectual centroeuropeo de los años 30 constituyen un excepcional acercamiento a la caldera volcánica que fue la Europa de entonces. Bien saben esto los historiadores porque los datos que les ha ofrecido este tipo de fuentes (sobre todo en un siglo tan *testimonial* como el XX) han sido, en cierto sentido, impagables.

Diario (1935-1944) es una obra que merece ser leída por lo que tiene de ensayo y de relato literario a la vez. Como ensayo constituye un profundo análisis de la sociedad rumana (su vertiente cultural, principalmente) que asistió a la debacle de la II Guerra Mundial. Como obra literaria, por su parte, dibuja un fresco en el que múltiples personajes van dando color a una trama biográfica que tiene de fondo una tragedia histórica que, poco a poco, va adueñándose de la obra por completo. Mihail Sebastian, judío además, padece en la relación con sus compatriotas y amigos la crudeza de los inconscientes pero claros coqueteos de muchos de los intelectuales europeos de la época con el fascismo y el nacionalismo (algo extensible evidentemente, en otro contexto, también al comunismo) insertos desde su origen en la propia sociedad que autodestruyeron.

Lejos de mostrarnos una posición alejada, previosa y en alerta contra el dogmatismo ideológico, asistimos desde estos albores del siglo XXI, a la inercia con la que muchos europeos de entonces se dejaron arrastrar hacia la catástrofe como si, ingenuamente, el antisemitismo tan sólo se tratara de opiniones inocuas. Fallaron los intelectuales, en ese sentido, a su deber según las palabras de Hugo Ball, quien escribiera en 1919, en su *Crítica de la inteligencia alemana*, que

una de las tareas más importantes de la inteligencia es la de dirigir la mirada de la nación hacia donde se encuentran las grandes ideas; la de crear espacio para el despliegue de tales ideas y la de seguir pisando los talones al transcurso de la Historia con mil sentidos abiertos para percibir lo máximo posible.

Sin embargo, y dejando a un lado la complejidad que entraña el realizar un juicio sobre la toma de postura política en la Europa de los años 30, asomarnos a la ventana del Budapest prebélico de la mano de Sebastian es trasladarnos al mundo de un joven enamorado donde la música clásica lo impregna todo antes de la guerra. Lejos de la pesada seriedad de los diarios de Ernst Jünger, estas

páginas de Sebastian dejan entrever toda la vitalidad de un joven que lucha por mantenerse a flote como periodista y autor de obras de teatro, novelas y ensayos, mientras ama y sufre por amor, mientras comparte lo intelectual con sus amigos, y mientras va dándose cuenta de que la guerra y el antisemitismo van impregnando por completo su mundo. En junio de 1941 escribe:

A partir de hoy se les prohíbe a los judíos enarbolar la bandera tricolor y la alemana. Camiones de la policía han pasado hoy por diferentes barrios confiscando banderas [...] Sensación continua de opresión, de angustia. No veo a nadie ni me comunico con nadie. Sólo la lectura me ayuda a dominar mi zozobra.

Junto a todo ello el lector asiste al despliegue progresivo de una virulencia social creciente mediante la que se entra de lleno en la historia al margen de la que se podría llegar a creer estar mientras se leen las páginas de Sebastian, vividas por él, antes y durante la guerra. Con la llegada de ésta y las transformaciones que produce, todo cambia drásticamente, y estos diarios son de una riqueza extraordinaria incluso por lo que se intuye antes de ella. A propósito de Mircea Eliade, por ejemplo, al que se va viendo bascular hacia el abismo de las posiciones de extrema derecha, escribe Sebastian años antes de su ruptura con él:

Me gustaría eliminar de nuestras conversaciones las alusiones políticas, pero ¿es posible? La calle sube hasta nosotros querámoslo o no, y ante la reflexión más anodina siento cómo se ensancha la grieta que hay entre nosotros. ¿Perderé a Mircea por ello? ¿Puedo olvidar todo lo que tiene de excepcional, de generoso, su potencia vital, su hombría de bien, su afecto, todo lo que tiene de juvenil, de niño y de sincero? No lo sé. Noto entre ambos embarazosos silencios que ocultan sólo a medias las explicaciones de que huimos porque seguramente ambos las sentimos y voy acumulando desilusión tras desilusión; entre ellas, su presencia en el antisemita Vremea (cómodo, como si nada hubiese ocurrido) no es la menor. Pero haré todo lo posible por conservarlo.

Toda historia nos muestra lo difícil que resulta vivir el momento actual como historia del presente. Quizás sea entonces, ante tal inconsciencia histórica, cuando más se necesita ser consciente de la importancia de nuestro actual proceso de europeización, en concreto su fase más reciente, la iniciada en Maastricht en 1991, y encaminada hacia la culminación de la Europa política. Cuando dentro de unas décadas se analice la historia de la Europa de estos años quizás nuestras imprudencias hayan dejado resquicios que estén ya hoy apuntalando futuros no deseados.

F. B. M.

La preocupación por el entendimiento

PEDRO RIBAS (ed.): *Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos*. Cuaderno Gris, 6. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2002. 286 pp. 268.

Son muy pocos los autores en castellano que han conseguido mantener la vigencia y el interés por su obra un siglo después de muertos; cosa que sí ha logrado, sin embargo, Miguel de Unamuno. No sólo eso, sino que, a punto de celebrarse el centenario de su muerte el 31 de diciembre de 1936, aún continúan apareciendo inéditos que se suman a su ya de por sí ingente obra, previéndose que no sean pocos los descubrimientos de *nuevos textos viejos* que se den a partir de dicha fecha. Esto es así debido, por un lado, al carácter polifacético de este escritor (poeta, novelista, ensayista, articulista...) pero también, por otro, a su afición (casi adicción) a la escritura, plasmada en miles de cartas que continúan engrosando hoy día su epistolario. Entre sus numerosos correspondientes, los europeos ocupan una parte no desdeñable, y son ya numerosas las monografías existentes que analizan la relación de Unamuno con las diferentes literaturas nacionales europeas o americanas.

El volumen que ahora nos ocupa, titulado *Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos*, ha sido publicado en la excepcional colección de la Universidad Autónoma de Madrid, «Cuaderno Gris», a caballo entre una revista científica y una colección o serie de periodicidad constante. Su pretensión, creo yo que conseguida, ha sido la de acercarse a ese aspecto tan importante en la figura intelectual de Miguel de Unamuno que fue el de su cosmopolitismo intelectual. No debe nunca olvidarse, en este sentido, que Unamuno comienza su carrera académica con una tesis doctoral que lleva por título *Sobre el problema del origen y la prehistoria de la raza vasca*, y que son numerosos aquellos momentos de su biografía intelectual en los que el escritor se opuso a todo tipo de nacionalismo, lo cual ayuda a comprender el importante aspecto de la variedad geográfica que muestran su producción literaria y sus relaciones intelectuales.

Abre el monográfico un conjunto de contribuciones que estudian la relación del escritor vasco con diferentes países europeos y el papel que dichas culturas jugaron en su obra. Así, y en orden de aparición, V. González Martín se acerca a la relación entre el que fuera rector salmantino y los escritores sicilianos de su época. F. Hermida de Blas y Pedro Ribas estudian en sus respectivos ensayos la relación del escritor con la cultura alemana a través de un artículo y de su correspondencia

con autores alemanes. Por su parte, J. L. Mora García, analiza la recepción de Unamuno en lengua inglesa a través de los casi treinta artículos a él dedicados en la revista estadounidense *Hispania*. Coincido plenamente con este autor cuando señala, refiriéndose a Unamuno, que «no parece casar muy bien que haya suscitado miles de títulos, aunque sólo nos ciñamos ahora a quienes escriben en inglés preferentemente con la imagen de un pensador calificado con frecuencia como casticista, españolista, poco europeísta en definitiva, por no citar otros epítetos más gruesos». En cuanto a la relación con Francia, por más conocida no menos importante, uno de sus mejores conocedores, J.-C. Rabaté, se aproxima a ella dedicando su texto al destierro parisino inaugurado en 1924.

En cualquier caso, creo que hoy en día resulta difícil entender buena parte de la producción literaria y, sobre todo ensayística de Miguel de Unamuno sin tener en cuenta su idea de España, forjada a la sombra y el calor de su historia y de la europea. En este sentido, resulta enormemente acertada la imagen utilizada por el profesor J. I. Tellechea Idígoras al escribir que «son muy variadas las conchas metafóricas en que resuena Unamuno»¹ porque es precisamente su afán por comunicarse con los otros lo que le convierte en eco y difusor de lo unamuniano en ellos; y hasta extremos, en ocasiones, gratamente sorprendentes. Un buen ejemplo de esto es esa carta de 1921 en la que un joven Marcel Bataillon le recuerda al maestro su estancia en Salamanca medio año antes, y le dice que ha elegido como tema para su tesis «el Erasmismo en España, que con su difusión y su aplastamiento es de los temas más “intrahistóricos” de la historia peninsular»². Resulta evidente, por lo tanto, la existencia de una relación que, como en el citado en otros muchos casos más, fue más allá de la mera relación epistolar, alcanzando en ocasiones resultados intelectuales verdaderamente fructíferos.

En una segunda parte de *Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos*, se analizan diversos «textos recuperados y correspondencia» del escritor. Se trata, en concreto, de unas cartas a Unamuno del político catalán Marcelino Domingo Sanjuán; del opúsculo «Los arribes del Duero»; y de un curioso conjunto de textos publicados por Unamuno en la prensa salmantina en 1893 en los que, pretendiendo movilizar a los salmantinos contra «la rapacidad insaciable de Israel», satiriza contra el antisemitismo. Estos análisis son presentados por unamunólogos de la talla de C. Bastons, J. A. Ereño Altuna y M. Urrutia respectivamente. En la línea de lo que hemos empezado diciendo, son una buena muestra del mucho

jugo que aún queda por extraer de la obra inédita de este autor, así como de la vigencia de su agudeza intelectual.

El volumen se completa con cuatro estudios dedicados a aspectos concretos de la investigación sobre el escritor, a cargo de especialistas como J. Bayón, R. Cabrán, J. Sánchez-Grey o B. Vauthier. También se incluye una extensa e interesante entrevista con el filósofo Carlos Paris centrada fundamentalmente en el Unamuno político. Por último, cierra esta obra la sorprendente, por anacrónica afortunadamente ya, carta pastoral escrita en 1953 por Antonio de Pildain, obispo de Canarias, en la que bajo el título «Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías» el autor insta a «padres, maestros, profesores para que desaconsejen y prohíban, sobre todo a la juventud, la lectura de obras tan reprobables» como lo son las de Unamuno. Un completo conjunto de textos, en definitiva, que sirven para resaltar la actualidad de uno de los intelectuales españoles más europeos, entendiéndose esto como la preocupación por que el inevitable y necesario entendimiento entre España y Europa se llevara a cabo de la mejor manera posible. Enhorabuena a autores y editores.

Asunción Escribano

1 *El Eco de Unamuno*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1996, p. 9.

2 *Ibidem*, p. 362.



El pasado poético de Europa

W. B. YEATS: *El crepúsculo celta* y *La rosa secreta*. Traducciones de Javier Marías y Alejandro García Reyes. Barcelona: Reino de Redonda, 2003. 406 pp.

Con frecuencia y acierto se repite esa idea de que han hecho más por la unión de Europa los traductores que cualquier otro colectivo de personas. Ellos, desde el amor a la obra traducida, acercan a los que hablan su propia lengua los textos originalmente escritos en otra diferente. Efectivamente, si unir Europa es acercar a las distintas nacionalidades que la componen lo que son el resto de las culturas europeas para así, desde un mejor

conocimiento, lograr la aceptación del otro, entonces la literatura constituye uno de los mejores instrumentos.

El novelista Javier Marías saltó hace unos años al mundo de la edición al crear una editorial propia cuyo nombre «Reino de Redonda» le ha permitido gestar a su alrededor todo un mundo complementario a caballo entre la ficción, lo meramente publicitario, y, como en él es habitual, un tipo de broma de carácter erudito al cual es asiduo este escritor. De sobra es conocida, por otro lado, su devota admiración por la literatura en lengua inglesa, tantas veces evocada en sus textos novelísticos o periodísticos. En esta ocasión ha sido el poeta W. B. Yeats el objeto de su edición, en concreto al rescatar las traducciones respectivas del propio Marías y de A. García Reyes de dos de sus obras en prosa: *El crepúsculo celta*, escrito y reelaborado entre 1893 y 1902, fechas de sus dos primeras ediciones originarias, y *La rosa secreta*, de 1897. Estamos ante dos obras de similares características, pues ambas son un conjunto de relatos de carácter folclórico en los que la magia que envuelve el mundo de las hadas (los *shide*) y la mitología de la vieja Irlanda campa a sus anchas por estos textos dándoles así su rasgo esencial.

La prosa de Yeats bebe en la pintura visionaria de William Blake, el simbolismo francés y el misticismo de la época. Fruto de todo ello y de la genialidad del autor es un lenguaje bellamente arcano, lleno de metáforas y evocaciones simbólicas, preñado de historia y paisaje, donde la memoria y la lucha contra el olvido, mediante aquella y la imaginación literaria, son el eje de las narraciones. Personajes sencillos que logran un estatus mítico al relatarse sus pequeños hechos en boca de Yeats, que recrea y salva así lo que fue, lo que todavía es con él y que no será más tras el momento crepuscular que él describe, su cultura.

El irlandés W. B. Yeats fue un autor que, como bien sintetiza Juan Villoro en el prólogo a este volumen, «se perfila a través de opuestos: mago y empresario, idealista y calculador, rebelde y aristócrata, anacoreta y dandy», y en el que «lo que articula estos contrastes es el ejercicio de la poesía». Pero un rasgo de especial interés sobre él a la hora de comprender estas dos obras es que Yeats (1865-1939), fue contemporáneo de Miguel de Unamuno (1864-1936), incluso en el simbolismo histórico del año de sus muertes, inicio de atroces guerras nefastas para sus respectivas culturas. Ambos fueron bisagra intelectual entre dos épocas en la historia intelectual de sus países, más si en Unamuno el pasado debía ser superado para bien de España, Yeats observa evocadora y nostálgicamente la historia antigua de su patria

sintiendo que se pierde definitivamente la época dorada de su cultura.

Thomas Cahill, en su maravilloso libro *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, manifiesta en este sentido que en opinión de un inglés del siglo XIX «los irlandeses eran, por naturaleza propia, incapaces de civilizarse». En las dos obras de Yeats ahora reeditadas por El Reino de Redonda vemos cómo su autor da crédito a todo lo que la razón considera, por mitológico, falso; y mantiene abiertos los sentidos a los *shide*, ese invisible pero no imperceptible mundo de las hadas, tal vez porque sabe que, como escribe en *El crepúsculo celta*, «uno de los grandes problemas de la vida es que no podemos tener ninguna emoción pura».

Asunción Escribano



CORPUS DOCUMENTAL DE CARLOS V

Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: *Corpus documental de Carlos V*. Madrid: Espasa, 2003. 5 vols.

Si hay una tarea que merecería el reconocimiento con honores, la acogida y reserva de un rincón del cielo, o una parcela en cualquiera de los paraísos reales o ficticios que pueblan el universo, ésta es la investigación bibliográfica, la reconstitución positivista del legado histórico cifrado los cientos de miles de documentos inéditos o publicados que son testimonio de una época, de un personaje o de un acontecimiento. Menéndez y Pelayo denominaba faquines de la república de las letras a los pocos audaces que dedicaban su vida y esfuerzo a estos insalubres cometidos. Querard tituló su auto-

biografía como la de «un mártir de la bibliografía». A esta estirpe y en esta tradición hay que enmarcar la monumental obra de D. Manuel Fernández Álvarez reeditada por Espasa, con el patrocinio de la Fundación Academia Europea de Yuste, en cinco volúmenes. El *Corpus Documental de Carlos V* es el fruto de varias décadas de investigación que comienza en 1956 y se plasma en los volúmenes que van apareciendo entre 1973 y 1981 en la ejemplar edición de la Universidad de Salamanca y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Las 825 piezas documentales que incluye el «Corpus» distribuidas cronológicamente a lo largo de los cuatro primeros volúmenes dan fe de la vida y obra de un personaje clave en la construcción de Europa, como subraya el propio Fernández Álvarez para quien: «Todo lo que supuso Carlos V sigue siendo importante para la historia de nuestros días: ver una Europa unida y entender que un hombre de estado no puede separar la política de los valores morales». Los aspectos políticos, sociales, culturales, económicos, de la época se van desgranando a través de un conjunto documental de imprescindible consulta para el estudioso y el investigador que quiera aproximarse a un siglo crucial para la historia de Europa.

Pero si importante es la materia primaria de este «Corpus» excelentemente transcrito y tratado por Fernández Álvarez, inapreciables son los Índices que componen su volumen V. Los índices biográfico, geográfico y temático permiten localizar con facilidad a lo largo del extenso muestrario documental las personas, lugares y temas tratados en el mismo, facilitando al investigador la tarea de búsqueda y desbroce tan ardua y sufrida cuando se carece de estos instrumentos.

En definitiva nos encontramos ante un feliz acontecimiento editorial que el ámbito de la Historia, de la Cultura y de la Investigación, han de agradecer calurosamente.

J. A. C. G.